

Otra vez la dulce Azucena

Emiliano Aréstegui Manzano

Mi padre decía, el que se mete con uno se mete con todos. Si se madrean a uno, mejor buscan al hijo de puta. Si no, yo me los chingo a ustedes. Cada fiesta una pelea, y yo y el grande nos lucíamos. Yo era el púas del barrio y al ruco le gustaba saber que nos partíamos la madre con los morros y con uno que otro ruco. Le gustaba sacarnos de los separos. Le gustaba ver a su mujer limpiarnos la cara. Curarnos. Decía que los hombres y las hembras tienen que hacer carne: juntarse con hembras, golpearse con hombres. Las hembras curarán las heridas de los hombres, decía. Y su mujer me curaba, se reía y me guiñaba el ojo. A las mujeres les gusta curar a los hombres, les gusta creer que tienen ese poco de magia, decía. No dejaba que pasara una semana sin que nos pusiéramos los guantes. Cuando cumplí los trece le ponía en su madre al Charly; a los quince, al grande. A los dos les acomodaba pequeñas putizas. El ruco gritaba: deja a ese puto llorando y yo lo hacía. Después me invitaba a los tacos y yo lo acompañaba a la cantina. Este cabrón le parte la madre a cualquiera de ustedes, enséñales. Yo me paraba y tiraba golpes mientras bailaba. Cuando mataron a mi carnal el mayor, todo empezó a valer verga.

El ruco empezó a entrenarme, se ponía pedo, se ponía los guantes. Se alivianaba pensando que a mí nadie me iba a chingar. El Charly a los veintiuno dijo que era puto y el ruco, después de ponerle en la madre, quiso metérsela. Y ahí sí me encabroné, me le puse bronco, pero el ruco no era trompa, me tiró de un golpe, me levanté y de vuelta, como cuatro, cinco veces. Mientras Charly aprovechó para desaparecer. Y entonces se empezó a reír. Me acuerdo bien clarito que me dijo: te quiero cabrón, eres mi único hijo. Sus ojos se pusieron tristes. Me ayudó a levantarme y me dijo: en la noche nos vamos a ir de putas. Me fui a lavar para que su ruca me curara y vi

en mis ojos algo que me espantaba, pero que en ese momento se estaba yendo por la coladera mientras escupía mi sangre en el lavabo.

Vivía a la vuelta, era amigo de mi carnal. Estaba bien pinche loco, sus cuates le daban la vuelta, y es que andar con él era andar a los chingadazos. Era el cabecilla de la flota. Si hasta los rucos lo respetaban. Mi carnal me contó que lo de su hermano era que él la debía y no pudieron cobrarle. Por eso quedó tocado. De aquí se fue porque la chota andaba sobre sus huesos. Yo digo que hicieron un bien cuando lo mataron, yo supe que había violado a unas chamaquitas, que era el pistolero de un narco y que traía el varo. Seguido le traía algo a su ruco, y con su ruco sí era otra cosa, hasta niño bueno parecía.

El pedo es el varo. Diablero y cargador de seis a seis, pero a mí me gusta cargar, saberme fuerte... pero también el varo, las putas... Fue el Cirilo quien me jaló después que repartimos putazos en una peda. Íbamos el Cabañas, el Macua, Cirilo, Flátulo y yo. El Macua y Cabañas se abrieron a la hora de los chingadazos. Dos se me vienen sobres, acá, pa pa, y ya tú sabes mamá, papá, ya pégame, y le tiro a uno un chingadazo, en la mera jeta, y cae, y al otro le dejo ir una silla: ¡tome puto! Y nada más quedó pendejo, otros cinco quisieron ver iguanas y iguanas vieron. ¡Y les pusimos en su madre! Ya luego nos sentamos, acá, bien guapos, nos sentamos. Cirilo pidió tres cervezas y Flátulo se echó un pedo. Luego el Cirilo me dijo, el puro varo pana, mil si pierdes y hasta diez si ganas. Te va ir bien, peleas a pelo, si aguantas... te forras, chingo de varo... de viejas. Acá, lo real.

La mula no era arisca, la hicieron, y así le pasó a él. Era bueno cuando chico, cuando su mamá no los había abandonado, luego su papá se dejó al alcohol y su hermano el mayor cayó en las drogas y hasta que lo mataron..., y el otro, puto. Si no se volvió asesino fue porque Dios es grande y está en todo. Su papá los ponía a pelear y hasta él se metía a darles sus golpes, y no era un borrachín, el señor fue boxeador. El que lo terminó de dañar fue ese judicial, bien no sé en qué andaban, pero sí que en algo malo, viera la cara desecha del muchacho. Y no era feo, se fue poniendo. Parecía que no había parte donde no le hubieran puesto una pedrada. Ya venía poco, siempre en carro. Y yo digo que lo mató el judas porque Sergio le tumbó el puesto. Se volvió el jefe, él lo esperaba en la calle cuando Sergio venía a ver a su papá, porque lo que sí, es que tenía buen



Puntual de asfalto (2006), Ciudad de México. Foto: Hirt Thomas.



corazón, no pudo aprender a odiarlo aunque le hizo lo que le hizo. Yo creo fue el judicial quien lo mandó matar. Viera con cuánto resentimiento lo miraba.

Sentí miedo hasta pasados los dieciocho, ya después el ruco mejor dejó de entrenarme.

Yo no hablo de Sergio, dice un tipo con un gorro azul marino, ancho de hombros y de piernas cortas. Luego se da la vuelta y le dice algo a un gordo musculoso, el gordo camina hacia mí, se lleva los dedos índice y anular a la boca, los separa con la punta de la lengua. Sonríe.

Me salí de la casa del ruco cuando gané mi primera pelea. Mi primera pelea fue contra un pinche yope que le decían el Oaxaco. Era más largo que yo y también más rápido. Putazo y reía, putazo y reía. Eso me encabronó, eso y el sabor a sangre en el hocico. Entonces le caí sobres. A la segunda vez que le azoté su cabeza contra el suelo dejó de estar. Me levanté y le pateé las costillas. ¡Mocos puto, tome, por pasado de verga! El mono ni se movió cuando le pateé el chipo. Sólo está inconsciente, dijo uno que era doctor. A mí no me importó, cobré cuatro, y le di mil al Cirilo. De luego nos fuimos a los mariscos, a unas cervezas y a unas putas.

Yo le tenía miedo, iba donde estaba vendiendo mis tortillas y me decía: *Vente mamacita*, y me enseñaba los billetes. Si me fui con él ese primer día fue porque mi mamita estaba enferma, pero le perdí el miedo. Que le digo: hazme lo que quieras, pero dame dinero para la medicina de mi amá. Me llevó a mi casa por la receta y luego fuimos a la farmacia y que me dice: mañana paso por ti y nos vamos al cine. Te quiero pa bien, pa cuando digas. Una no cree, pero bien que era bueno, me hice su novia cuando vi que era bueno. Si hasta lloraba en las películas, con las canciones, con los poemas que luego me daba por leerle. No quiso vivir conmigo porque no puedo dar hijos. Yo sí le lloro y si Dios viviera le rezara.

Gusto no, pero sí algo, una como hambre ¿Crees que me chingue? le preguntaba al Cirilo. Cirilo miraba a los tipos y me decía: Nel, músculos de gimnasio, mírale la cara, a ese puto en su vida lo han tocado, o sólo grasa y cara de malo, de seguro siempre le ponen en su madre. Luego yo iba buscándoles los ojos, acá, y les preguntaba: ¿Qué?... ¿Va un tiro? Los más se abrían, algunos decían algo y les dejaba caer la frente encima. El que sí me sorprendió fue un chavo, gordo, feo y con cara de pendejo. Fue como siempre, sólo que el gordo bajó la frente y al que le estalló la nariz fue a mí. Y si no es por el Cirilo me hubiera picado el culero. Eso me calentó,

o sea, fue el reto, y lo busqué —como a la putita de quince años que no quiere coger conmigo porque le dejé paralizado a su hermano— en todas las cantinas del centro y de la Mercé. Y en La Dulce Azucena me lo topo. Que me acerco y le pregunto ¿Se acuerda de mí? No carnal ¿Eres músico? Usté me rompió la madre y vengo por la vuelta ¿Quieres un trago? Quiero pelea ¡Y párese cabrón, que nos vamos a chingar! Salimos, yo siguiendo al Nene —así le decían—, y medio bar atrás de nosotros. Fue una buena pelea, sin ventaja para nadie en los primeros cinco segundos. Tal vez la grasa del Nene amortiguaba mis golpes. Luego le caí encima y le hice mocos contra el suelo, mocos, mocos, mocos por gordo, por feo y por dejarme chato, mocos por puto. Quedó sangre y diente en el concreto. Levanté mis ochenta kilos y miré los otros tantos del Nene. Alcé las manos y grité: todavía no nace. Ayudé al Nene y entramos a la cantina. Bebimos un rato, luego él buscó un taxi que lo llevara al hospital. La cantina me hizo un círculo y dejé que dos rucos me pagaran las cervezas, mientras yo contaba mis peleas y una puta de buen ver me jugaba la riata.

Bravo, pues como todos los del barrio que son jóvenes. Ni mejor ni peor que cualquiera. Ya ve usted que las degeneraciones de ora están echadas a perder.

Pero eso sí pana, yo no le escupo a nadie, ni aunque me haiga costado trabajo ponerle en su madre.

El Mirto se quitó la camisa, sus músculos apenas ocultos bajo una capa de grasa. No había dejado el trabajo, así se ejercitaba, cargando y peleando. Llegaba golpeado a las peleas de cada mes y cada mes se quedaba con diez y le daba dos a Cirilo, luego iban y se metían a un bar. Cirilo se encargaba de conseguir una puta limpia —por la boca floreada— y si no se había cansado, buscaba a alguien. Fue un judicial el que lo mandó a Tijuana. Matar a uno es meterse en pedos. Fue rápido, azotó su cabeza contra la barra: un caballito con todo y tequila se le hundió en el ojo derecho. Cirilo le dio báscula y encontró la charola. Ni modos, Mirto, a chupar a otro lado. Ese día fueron por el dinero. En el camión de las doce se fueron a Tijuana. Llegando allá, el Mirto miró sus manos, sonrió.

Llegamos con un chino amigo del Cirilo y él nos conectó las peleas. Allá hay más varo, pero también cabrones que llegan bien trabados. Las dos primeras las perdí, luego mejor me di mis piedrazos. Pero así cualquiera y la piedra no me late. Me daba en la madre el calor. En las noches me metía al gimnasio y no es lo mismo jalar peso que descargar un tráiler, cada ejercicio es para cada músculo, fum, fum, y se me volvió vicio, fum, fum, y empecé a hincharme, fuuum. Y el Cirilo me dijo: si sólo cargas te vas a volver lento pana, y el Chino, que me entrenaba todas las tardes, me dijo: Brusli es rápido y es el mejor —el Chino hablaba del Brus como si estuviera vivo—. Y entonces empecé a saltar, y la pera loca y luego las patadas. Mi ruco no me enseñó a usar las piernas y mira que una patada es más fuerte que un golpe. El Chino me decía, entrenas como Brus. Y es que saber que tu cuerpo es un arma mortal, acá, la neta, te hace sentir muy chingón. Y los tres nos tatuamos al Brusli ¡con todo y arañazos! Acá, mire, tá machín ¿O no? Digo... Pero Cirilo se quería regresar, decía que yo era el ídolo de un tal senador Ballesteros, que no había iris, que él y sus abogados paraban cualquier pedo. Que hasta había cantón

y muchos billetes de mil. ¡Ay ayay yayay!... Y el Chino dijo que él no, que él no se iba de Tijuana, que México no le gustaba, que Tijuana era su China, que ojalá y de vez en vez viniéramos a verlo, y de vez en vez íbamos a Tijuana, para verlo.

Era un culero, yo estaba echando la chela con una putita y llega él ¿no? Y la puta que me dice, tengo que irme. Sergio va a querer sentarse conmigo, y yo la jalo. Y él sin cantar el tiro me cae con una botella rota... Y pues me chingó. Quise buscarlo. Luego me dijeron que el vato estaba loco ¿no? Y la neta no quise ser otro de sus muertos.

Cirilo conectó peleas más chonchas. El truco era aguantar, no caer, porque es difícil levantarse, aguantar el enojo, la risa del tipo que te pega como si fueras un costal. Luego buscar a Cirilo y si sonrío ¡exploto! A veces los voy midiendo, cercándolos a la pared, para dejarles media jeta embarrada. A los que van les gusta ver que los sigas golpeando. Soy un artista, me pongo la mano en la oreja y la gente grita: MÁTALO, MÁTALO, ERES DIOS. Y no Dios pero sí algo parecido a Brusli. Y les aplasto la cabeza de un pisotón, o como Brus, les caigo sobre el pecho para sentir cómo se les hunde. Luego una que otra hembra perfumada de las Lomas viene por mí y me lleva y yo me dejo llevar...

Aquí él venía una vez al mes, agarraba siempre a una morena, él al principio le decía Azucena y se estaba con ella toda la tarde. Siempre la misma. Ella decía que ni la tocaba, que se pasaba todo el rato rascándole la espalda, mientras él le contaba de su papá, de su hermano... que hasta lloraba. Yo creo se estaban enamorando. Se fue con él a Acapulco quince días sin cobrarle. Si no lo matan, se hubieran casado. De todos modos la sacó de puta, el tipo que lo cuidaba vino a verla y le dio un dinero que él le había dejado. No, ella no anda acá, se fue pa Veracruz.

Pinche gorila, pesado y lento. Me lo habían echado para que me luciera, querían ver sangre y les di un buen chou, primero medí qué tanto podía acercarme: era un bulto. Golpeaba su cara, sólo la cara, cada golpe a la cara, no al cuerpo, a la cara, y cuando sentía que iba a caer... le daba tiempo. Si caía me lo iban a quitar. Y molí su cara, como en *¡Fait club?* Así. Le preguntaba ¿En el hocico? y mocos ¿En el ojo izquierdo? y mocos. Le di hasta sentir asco, ya mejor lo tiré, lo agarré de los pelos y lo azoté hasta que me lo quitaron. Me lo quitaron hasta que le salía mierda por los ojos. Hasta que los ojos se le hicieron mierda. Me fui al vestidor, donde unas putas de lujo me esperan después de cada pelea. Así me tranquilizan, para que cuando lleguen las burguesitas la fiera esté calmada. Ya me rifaba los treinta, más, en cada pelea. Ya tenía dinero para sacar a mis putas de putas.

El Cirilo lo miró y le apuntó a la cara. El Mirto sonrió, sabía que Cirilo era su amigo. No chingues, cabrón, una cosa es ser culero y otra, muy otra, ser un hijo de puta. Tranquilo. Cirilo lo vio a los ojos, sabía que no podía matar al gallo de los huevos de oro. El Mirto también lo sabía. Guardó la pistola. La metieron al coche. Cirilo manejó sin decir nada. El Mirto miraba por la ventana. Se estacionaron cerca de un barranco. El Mirto sostuvo el bulto arriba de su cabeza, lo aventó con todas sus fuerzas. Y esperó... pero tuvo que irse sin escuchar el golpe del fardo golpear contra el suelo. Cirilo le dijo antes de entrar a la cantina: uno con las mujeres no se mete y si se mete no las mata.



Blanco (2007), Tijuana. Foto: Liliana Miramontes.

La última vez que vino, fue quince días antes de que lo mataran. Se quedó con su papá más de una semana. Salían a caminar temprano, mi viejo se veía contento. Viera como de rechulo les brillaban los ojos cuando estaban juntos. Yo no creo las cosas que dicen. Él tenía que pelear para poder vivir, como uno que se para y empieza a chingarle, así él. Su papá me dijo que Sergio buscó a su mamá y la encontró muy mala, creo tenía cáncer. Pues no el muchacho le pagó todas las medicinas. Yo lo quería como si fuera mi hijo y aunque su papá no quiso que yo lo guiara, yo lo sé que no era malo. Cuando mi viejo supo que lo mataron se fue para abajo, lo quería mucho, reteharto, un mes nomás aguantó la tristeza. Yo también ya nomás espero morirme.

Lo mató una morrita de diecisiete años. El fogón le temblaba en la mano. Te manda esto mi hermano, le dijo. El Mirto sonrió, había encontrado a su putita, a la que lo traía barriendo el aguacero. Miró al Cirilo y Cirilo también lo miró. Ella pistola en mano, le dio dos mero en el pecho. El Mirto miró sus manos, escupió sangre y se quedó quieto. Todo muerto, pero casi sonriendo. Cirilo se acercó, le cerró los ojos, le sacó las llaves del coche, el dinero. Cuando salía del lugar le pasó a la muchacha la mano por la cabeza. Y le dijo, vente conmigo. Le dijo: ¡Hey, pendeja! tira esa mierda y vente. Y se fue con él. Antes pasaron por el resto del dinero. Cirilo manejó de un jalón hasta Tijuana.

Dicen que el Mirto anda en Japón, en un Carrera A-4, que ya no pelea por dinero. Que Bruce Lee le enseña técnicas secretas, que entrenan diez horas y meditan catorce. Otros están seguros de que el Mirto está en el cielo, dándose sus entres con Jesús. Y juran que se deja ganar cuatro de los siete días de la semana.LC

EMILIANO ARÉSTEGUI MANZANO. Estudia Creación literaria en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, donde es miembro fundador de los Anomantes. Ha participado en diversos talleres literarios. Ganó el premio José Emilio Pacheco 2012 de poesía y el segundo lugar en el certamen Sergio Pitó 2010 de relato, ambos convocados por la Universidad Veracruzana. Obtuvo mención honorífica en el certamen Elena Poniatowska de narrativa 2011, en la Universidad Autónoma de Aguascalientes, y el VI Premio Internacional de Poesía Gilberto Owen Estrada, convocado por la Universidad Autónoma del Estado de México.